

**ALQUIMIA DE LOS ESPEJOS**

Poesía selecta 1947 / 1984

**José Ramón Medina**

## INDICE

*Recorrido espiritual de la poesía de José Ramón Medina* Juan Liscano / 11

*José Ramón Medina: el oficio de poeta* Maritza Jiménez / 25

*Iconografía de José Ramón Medina* / 33

*Introducción* Julio E. Miranda / 69

*Bibliografía* / 89

**ALQUIMIA DE LOS ESPEJOS** / 91

*Poemas a Myriam* / 93

Desde donde la brisa riega su suave polen / 93

Me vuelvo a tu presencia / 94

Myriam: mi amor proclamo / 95

Apenas si me roza tu cuerpo, apenas giras / 96

*Huella presente* / 97

Desde que tengo tu amor / 97

Sé de ti por el aire tímido de la mañana / 98

¿Ves? / 99

Miro caer la lluvia. Y pienso en ti. / 100

Para hacer este canto / 101

En ti se hace verdad la melodía / 102

*Signo inefable* / 103

Todos los días me baña una luz / 103

Una campana, un ala, un verso / 104

Mi mano descubre el primer / 105

*Elogio de diciembre* / 106

*Cancioncilla de la infancia* / 108

*Estampa breve para un mes* / 109

Callado va mi corazón / 109

*Breves pasos, mundos de azúcar, leve estampa* / 110

*Acento para la luz de una mañana* / 111

Diciembre, rostro de dulzura / 111

Labro la plenitud del ser bajo el alero / 112

Bajo la luz rosada del poema / 113

*Elogio de la lluvia* / 114

Esta es la música / 114

Rauda duermevera / 115

Maestra de serenas lecciones, la lluvia / 116

*El nombre* / 117

*Infancia* / 118

*Tránsito* / 119

*Primicia del luto* / 121

*Elegía informal* / 123

*A la sombra de los días* / 124

Prisa de todo esto / 124

Y nada nuevo alcanza / 126

Fragante es el recuerdo / 128

Nada vale el recuerdo / 129

Casi ciego. La tarde / 130

*Ante un retrato* / 131

*San Pietro in Montorio* / 132

*Enmudece todo en derredor* / 133

*Texto sobre el tiempo* / 134

*Mujer antigua* / 136

*No, nada se sostiene* / 137

*En mí comienza un llanto* / 138

*Hay momentos terribles* / 139

*Y aquí viene otra voz* / 140

*Poeta muerto* / 142

*En este espejo lluvioso* / 144

*Razón del tiempo* / 147

*Atardecer* / 148

*Nadie más* / 149

*Canción* / 150

*Dios va en los días* / 152

*Salmo* / 153

*La palabra sencilla* / 154

*Coges entre tus manos esta arena* / 158

*Ya ha sido levantada en el sueño* / 160

*Se diría* / 161

*Ya sé que estas cosas se las lleva el viento* / 162

*La voz profunda* / 163

Desde adentro / 163

Ronda mi corazón, abre mi pecho / 165

De lejos, siempre. Y vuelve / 166

Como una fábula, la historia / 167

Podéis —mejor— callar / 169

Torno a mirar por piedra y celosía / 170

Cuando llegué y toqué la puerta / 171

A tientas, en la gran ignorancia / 172

Para ti, curso poderoso, hueso / 173

*Paisaje* / 174

*Pon tu oído* / 175

*No hay pedazo de tierra* / 176

*Oh voz tan alta* / 177

*Entrega* / 178

*Ah, no mirar* / 179

*Prosa de los días* / 181

*Para decir verdad* / 186

No es hora de cantar a solas / 186

Pero morder la fruta ahora, aquí / 188

Ay, yo llevo un pañuelo azul / 190

*Parábola* / 191

Este es el árbol / 191

Es sólo un árbol, un árbol tierno y triste / 192

*Para quien marcha* / 193

*Liberación* / 194

Cantar, y no tener más que una boca / 194

Como un preso / 195

Si miraras, si, libres, rompieran tus ojos / 196

Conoces la antigüedad del muro / 197

Todo ese limo azul, toda esa sal / 198

Mas, cierra esa ventana / 199

Pide, entonces, que tu trabajo sea / 200

Desde donde hablas reina la oscuridad / 201

Y he aquí que te concluyes. Tu palabra / 202

*Bajo el viento de la noche* / 203

*Soledades* / 204

He ido alrededor, he ido / 204

Al lado de ese cuerpo / 206

Aquí golpean ángeles terribles / 208

No, que no me cieguen / 209

*La Hija* / 211

*Silencioso, una y otra vez* / 212

*Volando iba* / 213

*No me quites el polvo de esa puerta* / 215

*Tiempo cerrado* / 217

He vuelto a mis antiguos menesteres / 217

La tarde, semejante a un pecho fatigado / 218

- Ni vencidos, ni muertos / 219  
El rumor distraído, la sombra / 220  
Las hojas secas, el verano / 221  
El hombre. Y nada más / 223  
Mañana, sí, sobre la tierra, el corazón / 224  
Todo es la eternidad / 225  
En la remota orilla, la blanca curva / 226  
Hay algo que no toco, que se evade / 227  
¿Sabrías tú, el lejano / 228  
Queja del día en sombras / 230  
Llega y toca la puerta. Abrimos / 232
- Puerta abierta*** / 233  
***Tarde en el campo*** / 234  
***Más allá de las últimas luces*** / 235  
***Aquí, al comienzo*** / 236  
***La oscura tierra*** / 237  
Hoy he regresado / 237  
El gris y nada más. Está allí, echado / 238  
Desde lo alto de aquel repecho / 239  
La despaciosa ave oscura / 240
- Primera elegía*** / 241  
El patio reconstruía las viejas herraduras / 241  
Mi padre tuvo ademán de poblador / 242  
Brotó de pronto de la tierra / 243
- El árbol*** / 244  
***La loma*** / 245  
***Segunda elegía*** / 246  
El cielo reconstruye los delgados hilos / 246  
Allí estarás mientras huye de ti el calor / 247  
Rodeada estás, en fin, por ese mundo / 248
- Testigo de verano*** / 249  
Penetro bajo la suave desnudez / 249  
Caminé mucho tiempo / 250
- Ahora sé que no fueron vanos / 251  
El antiguo río / 252  
Mira su suave desnudez / 253
- El encuentro*** / 254  
***La vieja herida*** / 255  
***Sobre la tierra yerma*** / 256  
***Intimidad*** / 257  
***Entrega*** / 258  
***Morada*** / 259  
***Exilio*** / 260  
***En la sombra*** / 261  
***Tus manos*** / 262  
***Pasó como el viento*** / 263  
***A semejanza del tiempo*** / 264  
***Certezas y presagios*** / 265  
Tiembla un nombre sin luz en la memoria / 265  
Todos tus poderes se confabulan / 266  
Señora muerte / 267  
Vinieron de otra parte. Con música / 268  
La imagen de una tierra yerma. Sobre ella / 269  
La muerte te dibuja el rostro más sereno / 270  
Ya empezaron a olvidarme / 271  
Amo, sin duda, el resto de mi vida / 272  
No me conmueve la sombra / 273  
Tengo que reposar, me dije / 274  
Este soy yo. El que mira en ese espejo / 275  
¿Cómo explicarte? / 276  
Un ojo incomparable y una rosa / 277  
Tiene del sueño su fulgor, su vuelo / 278
- SEGUNDA LECTURA / 279

# **Recorrido espiritual de la poesía de José Ramón Medina**

---

Juan Liscano

Desde la irrupción de los románticos, hacia finales del siglo XVIII, cuya obra se expande a principios del siglo XIX, la poesía se convierte en capacidad del poeta para videnciarse a sí mismo en el aquí y a veces en un más allá que no es simplemente la metáfora, sino la proyección del en-sí. En ese caso, se alcanza algo parecido a la mística, la cual no tiene por qué ser teológica sino libre abertura espiritual. La esencia de la poesía de José Ramón Medina, expresada en una fuga de escritura de altísima calidad literaria, refiere la constante visión de sí mismo en relación con el amor, la memoria de lo vivido, la presencia de la naturaleza en su inmensa diversidad, la estancia familiar, las estaciones simbólicas del ser, la toma de la conciencia de la muerte, presente desde el inicio de su ciclo vital, pues quedó huérfano cuando apenas habría cruzado la frontera de la edad de la razón.

Videnciar la propia vida no es ni la complacencia ególatra, ni el mórbido regusto confesional, ni el poner en renglones de líneas desiguales, anécdotas, asuntos de propaganda ideológica revolucionaria, resentida o hedonista. El neologismo que construyo en forma verbal fundado en el sustantivo vidente, es sentir profético, percibir la proyección del en-sí en un más allá o en un aquí desprovisto de lo cotidiano, más bien conciencia de existir entre dos enigmas: el de haber nacido y el de morir.

La poesía de José Ramón Medina, desde el inicio presenta los rasgos señalados. *Edad de la Esperanza*, sus primeros poemas, los contiene en esencia de nostalgia lírica y enamorada no propiamente de una mujer, de una persona, sino de un estado de gracia amparado por la feminidad, síntesis de madre y novia idealizada ¡sí, repito, idealizada! cosa poco frecuente en la poesía desde los tiempos de Keat. Por supuesto, me refiero a una idealización espiritual, no carnal, la cual abundó en la literatura fin de siglo XIX y en el modernismo. Es un estar enamorado del amor.

En la etapa inicial de su obra –*Edad de la Esperanza* (1947), *Rumor sobre Diciembre* (1949), *Elegía* (1949), *Visperas de la Aldea* (1952) y *Parva luz de la estancia familiar* (1952)– persiste el estado de gracia enamorado del recuerdo, de la infancia en Macaira, del paisaje absorbido por su alma, de la lluvia y los montes cercanos, y, por sobre todo, de la madre fallecida cuando él contaba 8 años.

*Desde adentro  
sale la voz, empieza  
su camino ciego y polvoriento.*

.....

*esa voz, esa sombra, ese misterio  
hundido en la memoria irrescatable,*

.....

*torno a mirar por piedra y celosía,  
por vitrales antiguos,  
este gran rostro, este perfil violento.*

LA VOZ PROFUNDA (1954) es uno de los poemas más bellos de todos los escritos por José Ramón Medina. La delicadeza resuena de pronto, con sonido más grave. Es un poema para poner en música. Música, por supuesto clásica, cálida de romanticismo noble. Cada verso es un arpeggio. Leyendo esa composición de inagotable belleza de sentimiento y alma, ciertas resonancias interiores me suenan al genial NOCTURNO de Silva. El único parecido es la invocación de la muerte. Medina escribió este poema en trance de emoción y ascendió hacia las regiones inefables del espíritu.

La rememoración fidelísima de la aldea natal agraria y la presencia de la madre fallecida, transformada en protectora y aldea misma, con el niño plenario por esa doble presencia de amor, crea un ámbito en el que las palabras son flores, pájaros, destellos en el agua del río, nieblas. Uno se entrega a esa lectura arrastrado por el rumor de las palabras y entra en un ámbito misterioso, sagrado y a la vez ingenuo que recuerda la pintura del Quattrocento, de los beatos, de los trascendidos. No se entierra al amado fallecido, sino se le regresa a la fiesta de la vida, por la vía de la nostalgia melodiosa y el reconocer a la muerte más volteada hacia el poeta que escribe, que hacia la difunta evocada.

Esa oposición de claridad y de sombra constituye uno de los rasgos más precisos del lirismo de José Ramón Medina. No se trata del Mal y el Bien, sino de la Vida y la Muerte. En *Parva luz de la estancia familiar*, poemario de transición entre el mundo de la aldea madre recordada y de la nueva estancia de un amor viril asumido, un poema recuerda el paso dado:

*Otra vez será. Otra vez será, decíamos*

.....

*Pero, un día aludimos al tácito abandono,  
al roce sin esencia de la palabra vana.  
Y supimos un hondo sabor de turbio acento,  
una constancia súbita de amarga lejanía.*

*Un día, sí, un día de palidez exacta,  
de mortal alegría.*

Pronto traslada a la amada de carne y hueso su poder de vivir, sus visiones —porque de visiones se trata— y le muestran que la madre sublimada “está en todo como una huella antigua, estirpe de la luz que la vida consigna en señales perfectas”.

*Testimonio del tiempo* (1953) —en verdad las fechas de publicación de sus poemas no indican que los escribió el año señalado— expresa una resquebrajadura orgánica. El diálogo con su alter ego —casi nunca escribe en primera persona, casi nunca dice “Yo, Yo”, más bien se habla a sí mismo en tercera persona, pudor poco romántico ya que el uso de la primera persona era de rigor, se buscaba la confesión, arrojar el yo a la cara de la sociedad arrogante— va precisando lo que ya sabe de él, una debilidad visual exterior propicia a la videncia interior. Por eso mismo, quizás, su poesía más bien confidencial, de tú a tú —en este caso de sí a sí—, contiene los elementos de la naturaleza, del paisaje y no refleja ni fotografía ni pinta, sino más bien imagina en abstracto, en esa abstracción esencialista que es su poesía, presencias naturales o imaginarias que cumplen una función anímica y de ningún modo visual. No es impresionista ni detallista. Cierra los ojos para ver desde adentro organizar su entorno. O el entorno del sentimiento esencial. No predomina lo conceptual ni el motivo sino el sentimiento diluido en la naturaleza y el ámbito de la vivencia, sea sublimada, sea intensificada hasta la violencia del grito. Su poesía es esencialmente poética, sitúa la existencia en su proyección lírica o dramática: dice de otro modo la realidad.

Es un caso bastante singular de un país como el nuestro, inclinado sea a la neoépica, sea a lo yoico imperativo, sea a lo sensual tropical, sea a lo descriptivo y narrativo, sea al combate social. Sin duda, se cuenta con poetas de interioridad vivencial y videncial, tales como Paz Castillo y Gerbasi, Montejo, Pérez Só, Pérez Perdomo y el admirable Cadenas, de autenticidad exigente, pero ninguno tiene el poder de flujo lírico de Medina, cuya escritura en más de 20 libros crea un alter ego activísimo, que nada tiene que ver con la heteronimia, y un discurso de río fecundador.

*Texto sobre el tiempo* desvía esa escritura fluyente hacia un cauce rocoso. Se encara con su deterioro humano, físico, sin precisar cuál. Medina, por lo demás, sumerge el detalle siempre, o sea lo anecdótico, tan importante para algunos poetas realistas o de la subrealidad, de eso horriblemente mediocre que en Norteamérica llaman “pop”, en el ámbito de un intento totalizador de elementos y sentimientos. De su poesía se desprende un aura y no una situación:

*Hay momentos terribles en que pesan los ojos.  
Tanto, que no podemos dejarlos que se caigan*

...

*Toma este verde cuento de ayer su rama joven  
ahora que ya empieza a desprenderse  
de cortezas podridas, de costras elocuentes.*

La imagen recibe la realidad y la pone en un allá arquetipal. Transferencia constante: es su estilo. En lo impersonal metafórico cobra, para él, depuración indispensable lo confidencial tan atosigante. Dicha transferencia no sólo ennoblece lo yoico, lo convierte en valor intrínseco, sino sitúa el discurso en una aparente objetividad universal.

Aprecio de un modo especial *Texto sobre el tiempo*. Advierto en esos poemas una reacción adjetival favorable a la intensidad de lo expresado. El adjetivo debilita, es lo contrario de la sustantividad. Tenemos un ejemplo extraordinario de sustancialidad erótica sublimada en la segunda parte de la obra, en el inicio de la misma con un poema de vigor desesperado y calidad antológica titulado MUJER ANTIGUA. Contraparte de lo que sigue en la tercera sección, autocondenación abrupta:

*Vive tu vida y basta. No cuentes tus memorias...  
Prado que habrás pisado florece ahora, y nada  
señala que hayas sido el huésped encendido.  
El hombre tiene un sitio mejor para su cuerpo.*

Hay que dejarse caer a la afluencia poética de Medina, hay que zambullirse en ella, nadar en la superficie o entre dos aguas, abrir los ojos en el espacio glauco verdeoscuro, deslizarse entre las algas. No es una poesía ni para discurrir, ni para recitar, ni para ser pasto de textualismos esterilizadores, sino para leer con recogimiento en la escritura, entre salmos y profecías, entre desgarramientos sin énfasis personalizante y algo que no me atrevo a llamar éxtasis sino trance. En la alteridad de su existir, José Ramón tiene la facultad de cumplir la rutina del trabajo, a cabalidad. “*Desde pequeño tuve que trabajar. Muchos y diversos oficios desempeñé en todas partes*”, escribe en un prólogo autobiográfico de muchísima importancia para quien estudie su obra y su actividad, y uno llega a preguntarse cómo puede asumir tantas responsabilidades exteriores invadentes y ser capaz de escribir una obra poética tan nutrida de vida interior. Quizás tiene la facultad singularísima, como Eliot, de descansar en un alter ego eficaz. Miguel Otero, quien lo estimaba mucho, decía con picardía: “José Ramón morirá con todos sus cargos puestos”. Y en verdad, su gestión como simple ciudadano, como abogado, como docente y académico, como periodista directivo, como fundador y editor de la Biblioteca Ayacucho, como Fiscal, como Contralor de la República, nunca dejó sombra dudosa ni incumplimiento burocráti-